

FREDRIC

BROWN

Llama 3-1-2

Ray Fleck, representante de licores, es un jugador empedernido que tiene una deuda que le atosiga y atormenta, pues de no pagarla puede acabar con su reputación e incluso con su vida.

A la vez se da la circunstancia de que en la ciudad existe un violador y asesino de mujeres, un psicópata, que tiene en jaque a la Policía. En el transcurso de una noche, el azar hace que las vidas de ambos personajes se entrecrucen lanzándolos a un sorprendente desenlace.

Dramatis Personae

RAY FLECK: Representante de licores, jugador empedernido.

RUTH: Su esposa, camarera de «Miko's».

GEORGE MIKOS: Propietario del restaurante «Miko's».

BENNY KNOX: Quiosquero, amigo de Ray.

JOE AMICO: mafioso, Receptor de apuestas.

DICK JOHNSON: Amigo de Ray.

HARRY BRAMBAUGH: Organizador de partidas de póker.

HOWIE BORDEN: Amigo de Ray.

DOLLY MASON: Amante de Ray.

MARGIE WEBER: Camarera del «Miko's».

MACK IRBY: Amigo de Dolly.

SAM WASHBURN: Camarero del «Ferratti».

WILL BRUBAKER: Cliente del «Miko's».

CHUCK CONNOLLY: Propietario del bar «Chuck Chuckhouse».

BIG BILL MONAHAN: Guardaespaldas de Amico.

MATTEW KNOX: Reverendo, padre de Benny.

JICK WALTERS: Propietario del bar de su nombre.

EL PSICO: Psicópata, violador y asesino.

TEX: Cocinero del «Miko's».

FATS DAVIS: Perista.

HOFF: Agente de policía.

Doctor KRANZ: Psiquiatra.

Señora SADDLER: Viuda y dueña de casa de huéspedes.

BURTON: Teniente de policía.

LUKE EVARTS: Jugador, amigo de Ray.

DOC CORWIN: Otro jugador.

MILT CORBETT: Miembro del Ayuntamiento y jugador.

STELLA: Mujer de Brambaugh.

JERRY RYAN: Propietario del «Long Cabin».

SHORTY DEAN: Hijo de éste.

PETE KOWALSKY: Encargado bar «Palace».

17:00

Él tenía un nombre, pero esto no importa: le llamaremos el Psico.

Así es como los periódicos y sus lectores le llaman ahora, desde que cometió su segundo crimen hace dos meses. Al principio, se le había conocido con distintos calificativos: loco violador y homicida, maníaco asesino, psicópata sexual y otros. Luego, por conveniencia, por abreviar, le habían convertido simplemente en el Psico. También la Policía le llamaba así, aunque había estado removiendo cielo y tierra para encontrar una denominación más adecuada; para darle un nombre como Peter Jones o Robert Smith, un nombre que les permitiera localizarlo y detenerlo antes de que volviera a matar otra vez. Y otra.

Ahora, esta noche, la necesidad volvía a apremiarle. La necesidad de violar y matar a una mujer.

Se hallaba en el pasillo de una casa de pisos, frente a una puerta. La tensión nerviosa le hacía apretar y aflojar las manos, unas manos tremendamente fuertes, manos de estrangulador que habían matado ya dos veces y que, si todo seguía igual, volverían a hacerlo pronto. Se obligó a mantenerlas tranquilas. No es que aquello importase mucho allí, en aquel momento, sin que nadie lo observara, pero era una costumbre que había ido apoderándose de él y que tenía que reprimir, no fuera que alguna vez se olvidase y lo hiciera mientras otras personas le miraban y se preguntasen quién era aquel hombre y por qué hacía aquello. Incluso podía sacar algunas conclusiones, porque en la ciudad, en aquellos días, todo el mundo vigilaba con recelo a sus vecinos intentando detectar señales tan insignificantes como aquella.

Aspiró profundamente el aire, luego levantó una mano y llamó a la puerta, un golpecito débil, casi tímido, desprovisto de toda brusquedad.

Oyó el rumor de unos tacones acercándose a la puerta. La voz de una mujer preguntó:

—¿Quién llama?

Dio a su voz un tono tan suave como el de la llamada, sin demostrar ningún temor, y lo suficientemente alto como para que ella pudiera oírle.

—Western Union, señora. Telegrama de Pittsburgh con acuse de recibo.

Dijo lo de «acuse de recibo», por supuesto, con la intención de que ella no pudiera contestar que lo pasara por debajo de la puerta. En cuanto a lo de «Pittsburgh» alejaría cualquier sospecha que pudiera albergar, puesto que su marido había partido hacia allí el día anterior, en viaje de negocios. Podría preguntarse por qué le enviaba un telegrama con acuse de recibo, pero quizás él tuviera algún motivo que ignoraba.

Oyó girar el pomo de la cerradura y tensó el cuerpo, esperando. Después la puerta se abrió, aunque sólo unos centímetros, protegida con la cadena de seguridad. Comprendió que había fracasado. Y al instante retrocedió, aplastándose contra la pared junto a la puerta para que ella no pudiera verle.

En seguida echó a correr, bajó las escaleras y se encontró en la calle. Por fortuna, el piso se hallaba en la parte posterior y no tenía ninguna ventana delantera desde donde ella pudiera descubrirle. Una vez fuera hizo un esfuerzo por caminar con naturalidad hasta su coche. Se metió en él y partió con cuidado, ni demasiado deprisa ni demasiado lentamente.

¡Qué mala suerte había tenido! Tres días antes había estado vigilando el piso y pudo comprobar que no había cadena en la puerta. Su marido debió de ponerla para su seguridad, antes de partir en viaje de negocios.

Bueno. Al menos había salido bien librado del trance.

Se encontraba a cinco manzanas de distancia y había tomado una calle principal con mucho tráfico cuando oyó el sonido de las sirenas de la Policía que convergían en la casa que acababa de abandonar.

17:02

Tras la partida de su esposa, Ray Fleck empezó a pasear por el piso, preso de rabia y desesperación, aunque al principio predominara lo primero. ¿Qué esposa hubiera rehusado, tan tajantemente como ella lo hizo, ayudar a su marido cuando se hallaba en un apuro, en un grave apuro? La muy zorra hubiera podido darle el dinero sin dificultad alguna, apenas sin notarlo. Todo cuanto tenía que hacer era cobrar la condenada póliza. ¿Para qué diantre la necesitaba? Una póliza sobre *sí misma* y con un capital acumulado de tres mil dólares, o quizá ya casi cuatro mil, puesto que habían vencido ya varios pagos desde la última vez que discutieron sobre ello.

Si Fleck quería, al menos hubiera podido obtener un préstamo sobre la póliza. No necesitaba más de quinientos pavos. Cuatrocientos ochenta para ser exactos, pero había preferido redondear la cifra. Sin embargo, ella consideraba sagrada aquella maldita póliza de seguros. Ni siquiera accedía a pedir prestado sobre su valor. Pero sagrada, ¿para qué? ¡Santo cielo! Desde luego eran sus ahorros, su seguridad, algo personal suyo. Había empezado a ahorrar antes de que se casaran. Mas ahora, cuando ya tenía un marido que la mantuviera, ¿para qué necesitaba aquel recurso? A lo mejor estaba planeando abandonarle, o pensaba que tal vez algún día se decidiera a hacerlo..., todo era posible. Durante los dos últimos años de los tres que llevaban casados, habían tenido algunas peleas bastante fuertes. Sin embargo, ella se había empeñado en mantener íntegra la póliza, incluso durante el primer año en el que fueron tan felices. Fue una temporada de buena suerte en la que vivieron bien y los dos estaban profundamente enamorados el uno del otro. Las mujeres le aman a uno cuando anda bien de

dinero. En cuestiones monetarias, marchan en dirección única. Se gasta uno lo que tiene con ellas, pero intentad recuperar algo y veréis lo que pasa. Sí, pruébenlo y verán.

Además, una parte del dinero de la póliza era suyo, legalmente suyo. ¿Acaso no le había estado entregando durante parte del primer año de su matrimonio las sumas necesarias para pagar las primas? ¡Claro que había protestado; que había intentado convencerla para que abandonara aquel asunto!

—Cariño —le había dicho—, ¿para qué queremos una póliza de seguros a tu nombre? Claro que no deseo que te mueras, pero si tú faltaras no querría cobrar diez de los grandes. —Pero ella le había dado una respuesta convincente. Las mujeres siempre tienen respuesta para todo.

—Ray, querido —le había contestado—, estaría de acuerdo contigo si se tratara de una póliza de seguros normal, pero éste no es el caso. Se trata de una póliza por capital acumulado durante diez años y una manera de ahorrar. Un modo estupendo de hacerlo. La tengo desde hace cuatro años, y en apenas otros seis nos caerán diez mil dólares en efectivo; ¿no será estupendo?

—Sí, pero falta todavía mucho tiempo y las primas son condenadamente altas. ¿Vamos a escatimar ahora para tener algún dinero cuando seamos viejos? ¿De qué nos va a servir entonces tener diez mil dólares?

Ella se echó a reír.

—Dentro de seis años no seremos lo que se dice viejos. Yo tendré veintinueve y tú treinta y cinco. En cuanto al dinero, podríamos comprarnos una casa, si es que para entonces todavía no la tenemos. No es preciso que sea grande o lujosa, pero quiero tener una casa cuando llegue el momento. Y quizá haya también lo suficiente para que montes un negocio propio. Tú has dicho muchas veces que te gustaría instalarte por tu cuenta, si tuvieses el capital necesario.

Esto último le pareció sensato. No lo de poseer «casa propia». Porque él era un producto de la ciudad y por nada del mundo hubiera vivido en una casa de los suburbios aunque se la hubieran regalado, pero ya le quitaría aquello de la cabeza cuando llegase el momento.

Conseguir diez mil dólares sería una suerte para él. Era representante de licores y raras veces obtenía menos de cien dólares a la semana en comisiones. El promedio era considerablemente mayor. Trabajaba para la firma J & B Liquor Distributors y él tenía muy buena clientela en las tabernas y tiendas de licores de toda la ciudad. Estaba bien relacionado con algunos comerciantes al por mayor y destiladores, y todos sabían que era un vendedor capacitado. Si pudiera instalarse como distribuidor independiente y obtuviera beneficios de sus ventas, en vez de limitarse a las comisiones, podría conseguir cuantiosos ingresos en vez de unas pocas monedas, como ahora. Pero sería un proceso largo y penoso. Y desde luego necesitaría capital.

Hizo una última tentativa.

—¿No sería mejor poner ese dinero en el Banco? En caso de apuro podríamos retirarlo con más facilidad.

Pero Ruth movió la cabeza negándose firmemente.

—Podríamos abrir una cuenta en el Banco, pero sabes muy bien que muchas semanas no realizaríamos ningún ingreso. En cambio, el tener que pagar primas mensuales nos *obliga* a ahorrar. Si surge una emergencia podemos pedir prestado sobre la póliza... y conseguir el dinero el mismo día, ya que la compañía tiene también oficinas aquí. Pero, Ray, sólo lo haría si la necesidad fuera verdaderamente seria: un accidente, una enfermedad grave, una operación, cosas así. No para que apuestes fuerte a un caballo porque alguien te ha dado un chivatazo o para que pagues una deuda de juego si te metes en un lío.

Lo había planteado con toda claridad. Él acabó por aceptar y le había entregado dinero para ir pagando las primas durante una temporada: diez u once meses. Mas luego

tuvo una racha de mala suerte y se vio obligado a decirle que no podía contribuir con más dinero; simplemente no tenía un centavo. Ella se lo tomó con calma.

—Muy bien, Ray. Pero no por eso voy a rescatar el capital. Me pondré a trabajar aunque sea a media jornada para seguir pagando las primas. Creo que incluso puedo ganar más. Eso espero.

Y así fue como había empezado a trabajar y había seguido haciéndolo desde entonces. Él no se opuso, ¿por qué había de hacerlo? Si la condenada póliza significaba tanto para ella, ¿por qué no había de dejar que ganara el dinero con que mantenerla? Y si venía al caso, también podía reventárselo en cosas para el hogar o en vestidos. ¿Por qué seguir ganando para los dos sin que ella diera golpe?

Había tenido varios empleos: cajera en un supermercado, taquillera en un cine. Ahora, desde hacía unos nueve meses, trabajaba de camarera en el turno de noche de un restaurante griego. Treinta horas a la semana, desde las cinco y media hasta las once y media, repartidas en cinco noches. Si él se encontraba en casa solía llevarla en su coche al trabajo, y a veces, si estaba libre hacia las once y media, la iba a recoger a la salida. Pero aquella noche había tenido que dejar el coche en el taller para una reparación (lo que significaba tener que pagar otra maldita factura aparte de lo demás) y no había podido ir en su busca. De todos modos era mejor así, ya que antes se habían peleado con mucha violencia y lo más probable era que hubieran continuado discutiendo en el coche, lo que habría sido todavía mucho peor. Estaba convencido de haber perdido la partida. Ella se mostró inflexible, sin ceder ni un ápice. Ni siquiera le había creído cuando le dijo que estaba afrontando un verdadero peligro.

La verdad es que ni él mismo acababa de creérselo. Joe Amico era un tipo duro, pero no un gángster en toda regla, y en modo alguno iba a correr el riesgo de permitir que

quitaran a alguien de en medio por cuatrocientos ochenta dólares.

Desde luego, un deudor podía recibir una paliza por olvidarse de pagar o incluso por intentar olvidarse. Pero Joe le conocía bien. Ya había debido dinero a Joe en otras ocasiones y siempre le había pagado..., aunque nunca una cantidad tan alta como quinientos dólares. ¿Cómo había podido llegar a aquel extremo? Joe sabía que tenía un buen empleo y que con el tiempo acabaría siendo solvente.

No necesitaba más que un poco de buena suerte para poder conseguirlo. Tenía que conseguirlo a toda costa. Quizás al póker, si los caballos no se le daban bien. A veces, cuando los caballos se empeñaban en perder, las cartas se mostraban favorables. Y viceversa.

Aquella noche había una partida de póker que quizás obrara el milagro, si es que conseguía reunir suficiente dinero para sentarse a la mesa. Era martes, y la noche de los martes Harry Bramhaugh organizaba siempre una partida en su piso. Empezaba a las once, y a veces se prolongaba hasta el día siguiente. Pero...

Aunque sabía el dinero con que contaba, se sacó la cartera y lo contó de nuevo. Veintiocho pavos. Veintiocho cochinos pavos. No lo suficiente como para iniciar una partida en casa de Harry. Necesitaba un centenar como mínimo si deseaba competir en la partida; no limitarse a una apuesta que se esfumaría en cuanto alguien la superase. Pero si lograba conseguir un centenar..., entonces quizá con una racha de buena suerte reuniera lo necesario como para pagar a Joe Amico, e incluso podría quedarle algo.

Conseguir cien dólares no parecía tan imposible como llegar a los cuatrocientos ochenta. Podía pedir diez dólares a diez individuos distintos. Y disponía de toda la tarde para ello.

El teléfono sonó. Tomó el auricular.

—Aquí Ray Fleck —repuso.

En seguida reconoció la voz que dijo «Hola, Ray», y pensó que hubiera sido mejor no contestar al teléfono. Era Joe Amico.

—Escucha, Joe —le contestó—, no he podido conseguirlo todavía..., pero continúo buscándolo. Pronto lo tendré. Lo siento, pero ya conoces mi buena fe en estas cosas.

—Sé que lo estás buscando. Es lo mejor que puedes hacer. Pero quiero que te dejes caer por aquí esta tarde. Tengo que verte.

—Desde luego, Joe. De todos modos tengo que bajar hacia el centro. Aunque no va a servirte de mucho, puesto que estoy sin blanca.

—Con blanca o sin blanca, haz el favor de presentarte. Estaré aquí hasta las diez. En cualquier momento entre ahora y las diez, ¿entendido?

—De acuerdo, Joe. Nos veremos.

Exhaló un suspiro mientras colgaba el teléfono. De todos modos tenía que bajar al centro; aquello era verdad y punto. Probablemente Joe le iba a dar un ultimátum; un plazo concreto. Una entrevista sería desagradable, pero al menos sabría concretamente de cuánto tiempo iba a disponer para reunir el dinero. Y también si Joe estaría dispuesto a admitir pagos semanales si no había otro remedio. Aunque aquello no le gustaba nada; era una perspectiva de lo más desagradable, ya que durante un tiempo extraordinariamente largo no le quedaría ni un céntimo para seguir apostando. Y su suerte tenía que cambiar; era preciso que cambiara.

Se acercó a la ventana y contempló la calle, preguntándose si no sería mejor salir en seguida y comer cuando tuviera apetito, o ahorrar algo tomando alguna cosa antes de salir. Desde que Ruth iba a su trabajo a las cinco de la tarde, tenía que componérselas allí en el piso o comer fuera las cinco noches en que ella trabajaba, pero lo primero carecía de importancia. A veces disfrutaba preparándose co-

sas sencillas, y ella fregaba los cacharros y los platos a la mañana siguiente.

Aparte de esto, se alegraba de que Ruth trabajase en el turno de noche. En realidad casi la había inducido a ello porque así podía pasar fuera casi todas las tardes y noches. Le había explicado que era el mejor momento para vender. Y era verdad hasta cierto punto. Durante las horas diurnas más aburridas algunos de sus parroquianos dejaban al cuidado de sus bares a camareros que no estaban autorizados para realizar ninguna compra, mientras que los mismos propietarios se hacían cargo del establecimiento, a veces con la colaboración de uno o dos camareros, durante la tarde y la noche. Aquella vez quizá pudiera incluso hacer un par de visitas, aunque no se sentía con ánimos para ello. Únicamente se dejaría caer en algunos bares cercanos, ya que no tendría el coche hasta el día siguiente. Podría ver, por ejemplo, a Harry Webber y a Chuck Connolly, a quienes ya tocaba visitar.

Oyó el chirriar de neumáticos en la calle bajo su ventana y buscó rápidamente con la mirada. En la esquina más próxima estuvo a punto de ocurrir un accidente. Un chico de unos diez años había cruzado la calle justo cuando pasaba un coche; el conductor tuvo que frenar a fondo para no embestirlo, el vehículo derrapó y acabó por detenerse a sólo unos centímetros del pequeño. Por poco, por muy poco, no ocurrió una desgracia. El chico echó a correr y el conductor, quien posiblemente se había llevado el susto mayor, permaneció casi un minuto inmóvil antes de poner el coche de nuevo en marcha.

Es fácil que ocurran accidentes, pero aquél no llegó a consumarse. Inesperadamente una idea acudió a la mente de Ray Fleck. ¿Y si le ocurriera una desgracia a Ruth en el camino hacia su trabajo o de vuelta a casa por la noche? No es que fuera a dar de bruces contra un coche, como había estado a punto de ocurrirle al atolondrado chico, pero hay percances que suceden incluso a las personas más pre-

cavidas. Un conductor borracho o que pierde el control de su vehículo. A veces los coches se suben a las aceras y...

Mas la posibilidad de que a Ruth le ocurriera una cosa así y se matara era de una contra un millón. Algo más que improbable por completo, pero, ¡cielos! ¿No sería la solución perfecta a su problema, a todos sus problemas, si una cosa así llegara a suceder? Como beneficiario de la póliza, podría cobrar diez mil dólares, diez mil de los grandes, inmediatamente. Lo que debía a Amico era una insignificancia comparado con aquello; le quedarían todavía nueve mil quinientos. Lo suficiente para iniciar una nueva vida. Ya no sería Ray Fleck representante sino Ray Fleck distribuidor. Y con posibilidades de ganar dinero a espuestas.

Era curioso que nunca se le hubiera ocurrido en serio lo de poder cobrar los diez grandes como beneficiario del seguro. Quizá porque Ruth era una mujer muy saludable que no había estado enferma ni un solo día durante sus tres años de matrimonio. Pero una persona, por fuerte que sea, puede sufrir un accidente.

O bien..., pero alejó aquella idea de su mente. No era ningún angelito y había cometido un montón de tropelías en el curso de su vida, pero no se consideraba un criminal. Y aunque lo fuese, nunca saldría bien parado de un asunto así. Porque cuando una mujer muere por agresión, el primer sospechoso es siempre su marido, incluso aunque no tenga ningún seguro a su favor.

«Olvídalo», se dijo. Y lo olvidó. De pronto decidió no quedarse en el piso para comer allí con tal de ahorrarse un dólar. ¿Qué representaba un dólar comparado con el lío en que estaba metido? Cuanto antes llegara al centro de la ciudad, más posibilidades tendría de conseguir el dinero que precisaba para la partida de póker a las once de la noche; aquella partida era la única posibilidad que se le ofrecía para ganar algo que valiese la pena. No podía faltar a esa partida.